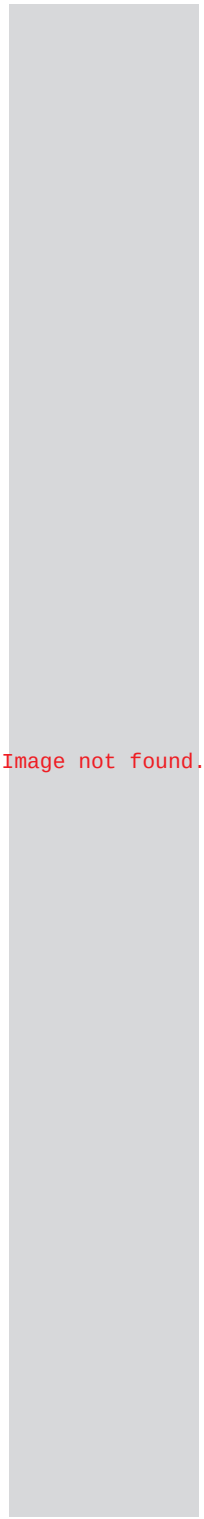
Criónica (2ª parte)

J. P. Valverde



Capítulo 1

A principios de diciembre se cierne sobre el brumoso horizonte invernal el duende navideño.

Llega entonces la hora de preparar uno de esos recitales de villancicos que suponen un quebradero de cabeza para los maestros, un martirio para los estudiantes y un tostón para los padres de la criaturas, pero que aun así, resultan conmovedores. Por suerte contaba yo para tales menesteres con la colaboración voluntaria de un folklorista local que atesoraba tradiciones en sus ratos libres, que eran los más del año, pues los tres "termos" que mantenía en las cuevas de hielo no le daban ningún cuidado. Sus pacientes eran un diputado del Congreso, una condesa y una eminencia en el campo de la cardiología. Precisamente la crionización de este último personaje había provocado gran revuelo y ayudado a prestigiar una práctica que denostaban otros miembros de la comunidad científica.

En la pensión donde yo residía, la dueña había adornado el vestíbulo con un abeto natural, el cual además de luces multicolores, emitía machaconamente la música de Adeste fideles; y el mostrador de la recepción, con un belén hecho de musgo, ramitas de acebo y trozos de corteza de abedul: remedo de una choza de pastores del país más que pesebre de las montañas de Judea.

Reliquia de la vida pastoril de antaño era Pelanas, un mastín que vagaba por todas las estancias de la casa, dócil y abúlico: un corpulento animal nacido para proteger los rebaños de los ataques del lobo y condenado a no cumplir ni siquiera funciones de vigilante doméstico; de ahí su extremada indolencia. Un registrador de la propiedad y yo éramos los únicos huéspedes fijos. Los fines de semana se alojaban algunos excursionistas, y en cuanto cayeron las primeras nieves, llegaron los esquiadores, en quienes la patrona cifraba su esperanza de unas prósperas navidades blancas. Por mi parte, en cuanto dieran comienzo las vacaciones, pensaba desplazarme a Zaragoza para pasar las fiestas con la familia, ya que esa era una de las raras ocasiones en que coincidíamos todos los hermanos.

Una noche, mientras esperaba la cena en el comedor, leyendo una novela de Arturo Barea y desentendiéndome de las noticias del fútbol que voceaba la televisión, la patrona vino a mi mesa acompañada de una atractiva joven.

-Solo tengo tres clientes y no me apetece preparar una mesa para cada uno -dijo sin rodeos.- ¿Te importaría que esta chica se sentara contigo?

La chica en cuestión se puso colorada y se encogió de hombros como

dando a entender que ella no tenía nada que ver con aquel atropello.

-Es el maestro del pueblo -me presentó.

Volvió a sus fogones y nos dejó solos. Empezar una conversación comentando el descaro de la patrona y lo ridículo de la forzada cita resultó bastante espontáneo; siguió luego un silencio durante el cual ninguno de los dos sabíamos qué decirnos, hasta que se arrancó ella, como parte agresora que necesita justificarse.

Se llamaba Neus..., era de Lérida..., farmacéutica de profesión... Sentía haberme interrumpido la lectura..., pero ¿quién se atrevía a llevar la contraria a la loca de la dueña, levantándose y cambiándose de sitio, desobedeciendo sus órdenes? Por tanto, si no me importaba, cenaríamos juntos... compañía que ella agradecía, porque estaba recién instalada en Yzaba y no conocía a nadie... A primera vista, Yzaba le parecía un lugar pintoresco y gélido. Bien es verdad que ella no frecuentaba los Pirineos, por ser de natural friolera, y porque le atraían más la playa y el bullicio del Mediterráneo. Había estado una temporada en Tremp trabajando de farmacéutica ayudante, y aunque tenía las montañas a la puerta de casa, siempre había escapado de ellas para buscar el sol. Ahora regentaba su propia farmacia en Lérida... Y no, los farmacéuticos no ganan millones a espuertas. Si a ella no le hubiera echado una mano su padre, dueño de la empresa F..., aún continuaría de boticaria auxiliar en Tremp...

Mi vida de maestro rural se la figuraba como la de un ermitaño de épocas antiguas. ¿Cómo pensaba conocer a una chica en aquellos valles remotos? -me interrogó tras haberme sonsacado que era soltero-. ¿Hay alguna discoteca en veinte kilómetros a la redonda?

-Hoy te he conocido a ti -aproveché la ocasión que me brindaba.

-Yo estoy de paso -se sonrojó fugazmente-. Además me traen a Yzaba asuntos graves...

En ese instante nos interrumpió la patrona con el primer plato de la cena y sonriendo satisfecha por vernos tan bien avenidos. Tales aficiones celestinescas -pensé yo- debían ser vestigios de su antiguo oficio, cuando cruzaba los mares como corsaria del sexo.

Con el inciso de la comida, la conversación derivó hacia los gustos gastronómicos personales, circunstancia que aprovechó la dueña del hostal para informarnos de la inminente llegada de un envío de marisco de primera calidad con denominación de origen de las Rías Baixas. Hizo amago de impartirnos una lección magistral sobre el arte de cocinar los langostinos, pero la irrupción de unos turistas que querían alojarse en el hostal, reclamó su presencia en el mostrador de recepción y nos devolvió

a la intimidad de las confesiones en voz baja.

-... el caso es que yo estoy aquí por mi abuelo -continuó Neus.

¿De modo que su anciano abuelo residía en el pueblo?

-En cierto modo, sí.

Entendí que, como tanta gente mayor, el abuelo de Neus pasaba una parte del año en el pueblo y otra, en la ciudad.

-No, el viejo permanece siempre aquí, sin moverse del sitio.

-La falta de movilidad supone una gran desgracia, pero peor es perder la cabeza -dije recordando el caso de mi abuela, que acabó no reconociendo a sus propios nietos e hijos, víctima de la demencia senil.

A Neus le dio la risa. Desde la recepción, donde tomaba nota de los recién llegados, la patrona me hacía un guiño de mujer experimentada en las artes de la seducción.

-Si algo ha perdido mi abuelo, es la cabeza; y yo he venido a recuperarla.

Viéndome tan atolondrado se puso seria y me explicó que, al llegarle la hora de la muerte, su abuelo quiso someterse a una criopreservación del cerebro, pues el buen hombre, aleccionado por un neurólogo amigo suyo, creía que la personalidad del individuo se encuentra almacenada en la estructura y química cerebrales; por consiguiente, no es descabellado aventurar que vendrá el día en que la tecnología sea capaz de regenerar un nuevo cuerpo a partir del cerebro preservado. ¿Para qué quería conservar su cuerpo deteriorado por la vejez -murió a los 92 años- si bastaba ese precioso depósito de la identidad, que es el cerebro, para volver a la vida en mejores condiciones? Los detractores de la neuropreservación cuestionan esta asociación del cerebro original con un cuerpo que no sería el suyo propio, pero el abuelo de Neus, horticultor aficionado a los injertos arbóreos, afrontaba con optimismo una espera en la que, al cabo, no hay motivos de prisa.

La presencia de Neus en Yzaba tenía por objeto hacerse cargo de la cabeza "hibernada" de su abuelo para trasladarla al laboratorio de Alcor en Scottsdale, Arizona, donde iba a ser sometido a un procedimiento experimental de reanimación.

-Puede que funcione o no. ¿Qué más da? No hay nada que perder. Mi padre, que falleció el año pasado, consideraba un capricho extravagante la criopreservación de su padre. No creía en la resurrección de los muertos: ni en la de las religiones -era ateo- ni en la de la Criónica. Él quiso ser

incinerado.

Me preguntó si quería un café.

-¿Tú crees en la resurrección de los muertos?

-No es un tema que me quite el sueño -reconocí.

-Y el café, ¿te quita el sueño?

Nos levantamos de la mesa y nos trasladamos al calor de la lumbre. Al lado de la chimenea había un sofá, dos sillones enfrentados y una mesita con revistas. Nos sentamos cada uno en un sillón. Ardían unos gruesos leños de roble y el chisporroteo del fuego incitaba a los cuentos de viejas.

-Hace algún tiempo, recibí una carta de la Asociación Iberoamericana de Criónica en la que me informaban de un sistema pionero de reanimación que se está investigando en los Estados Unidos. Buscaban voluntarios en todo el mundo y yo ofrecí la cabeza de mi abuelo.

Añadió:

-Si quieres, si te parece una experiencia curiosa, puedes acompañarme a buscar la cabeza. Dentro de tres días.

Me hizo algunas preguntas sobre mi trabajo en la escuela, el estado de la educación y el injusto desprestigio de los profesores. Sin duda deseaba compensarme por haber monopolizado la conversación, aunque el morbo que me inspiraba la cabeza amputada de su abuelo, superaba con creces el interés de cualquier menudencia de la vida escolar. Charlamos hasta medianoche y tomamos unos gin tonics. Al tercer cuba libre, no me cupo duda de que pasaría el resto de la noche en la habitación de Neus. Cuando esta me pidió ayuda para abrir su puerta porque era incapaz de atinar con la llave en el ojo de la cerradura, lo di por cosa hecha.

-Si no estuviera tan borracha, te invitaría a tomar la última en mi habitación -dijo, sin embargo, la hermosa farmacéutica. Y cerró de un portazo.

Permanecí unos minutos desorientado en el pasillo. Por primera vez desde que había llegado a Yzaba, me sentí solo en el pueblo, y aborrecí el aislamiento y el frío de aquellos valles esquivos, apartados de los encantos de la vida mundana.